

# **CUANDO LA LUZ DEL SOL SE VA**

**POR MARISSA MEYER**

A los nueve años de edad, Crescent Moon era la combatiente de infantería más joven del gran ejército de la Luna. Permanecía de pie firme en la primera línea de su pelotón, con la espalda tan recta como un alfiler y los brazos inamoviblemente apostados a los lados. Se enorgullecía de su servicio a la reina. Ya había sido condecorada por su valor e incluso le había sido otorgada una medalla de honor por la Comandante General Sybil Mira tras la batalla de...

—*Crescent*—.

La voz de su Señora interrumpió su fantasía, y Cress dirigió su puño a su pecho como saludo. —¿Sí, Comandan... eh... digo, Señora?—.

Algunos de los niños mayores rieron disimuladamente y Cress pudo sentir arder sus mejillas. Aunque había desviado respetuosamente su mirada hacia las literas en la pared opuesta, tuvo que obligarse a mirar a la Señora Sybil, de pie al fondo del largo y estrecho dormitorio. Mostraba una mueca de ostensible molestia.

Cress tragó saliva con dificultad y bajó la cabeza. Su cuerpo se encogió, imitando la dócil postura que los otros niños mostraban cuando eran formados para la recolección mensual de sangre. Claro que no era un soldado. Ni siquiera sabía con certeza qué significaba la palabra «infantería». Pero eso no impedía que fantaseara, imaginándose en un mejor lugar que este. O *Cualquiera* que no fuera este.

No podía entender por qué los otros caparazones parecían tan prestos a aceptar su agobiante existencia, por qué se burlaban de ella por intentar escapar, incluso si ese escape sólo existía en su mente. Aun así, la ridiculizaban. Al menos hasta que necesitaban algo de ella, porque entonces eran tan dulces como la miel.

Sybil dejó escapar un suspiro de impaciencia. —¿Escuchaste lo que dije, Crescent?—.

Cress trató de recordar, aunque sabía que no tenía caso. Su rostro se sonrojó aún más, mientras negaba con la cabeza.

—Les decía al resto de tus compañeros que hemos recibido evidencia reciente de que alguien pirateó los archivos del programa educacional dirigido a los jóvenes más prometedores— Entrecerró sus grises ojos ante Cress. —No me sorprendería saber que los archivos hubieran sido copiados y estuvieran siendo impartidos *aquí*, en los dormitorios de los caparazones. ¿Puedes explicar esto, Crescent?—.

Tragó saliva y se encogió de nuevo, chocando levemente al niño de junto como si buscara protección alguna. —Yo... ahm...—

—Fue mi idea— dijo Calista, que estaba casi al principio de la fila. La hostil mirada de Sybil se dirigió hacia ella. —No se moleste con Cress. Yo la animé a hacerlo. Sólo pensaba... *nosotros* pensábamos...—

Sybil esperó una respuesta, completamente inexpresiva, pero Calista había perdido su valor. Un silencio cayó sobre el dormitorio, y aunque la temperatura no había cambiado en lo más mínimo, Cress comenzaba a temblar.

Finalmente, Arol habló. —Pensábamos que nos ayudaría a aprender a leer— Aclaró su garganta. —Digo, para los que no sabemos... —

Que eran la gran mayoría. Cress se las había ingeniado para descargar una aplicación para aprender a leer en el nodo holográfico del dormitorio, y ella y un par de compañeros habían completado todo el curso antes de que Sybil la descubriera y la bloqueara. trataron de enseñar a los otros, a aquellos que quisieran aprender, pero sin papel ni portavisores era un proceso lento y tedioso.

Aunque casi todos querían aprender. Había algo liberador en hacerlo. Algo poderoso. Pensaba que Sybil lo sabía también, de otro modo, no se habría opuesto a ello.

Sybil comenzó a pasearse a lo largo de la fila, mirando a cada uno de los niños individualmente, aunque casi todos ellos agachaban la mirada cuando pasaba. Se movía como un gato. Un orgulloso y consentido gato, que cazaba por diversión y no por supervivencia. El guardia que la acompañaba esperó en la puerta, con su atención enteramente enfocada en la pared del fondo, ignorándolos completamente.

—Si fuera importante que tuvieran la habilidad de leer— dijo Sybil —¿no creen que me habría asegurado de que se les enseñara? Pero no están aquí para ser educados. Están aquí porque tenemos la esperanza de *curarlos*. Están aquí para proporcionarnos sangre de caparazón, de tal modo que podamos estudiar sus deficiencias y, quizá, algún día descubramos cómo arreglarlos. Cuando ese día llegue, serán reintroducidos como plenos ciudadanos de la Luna—. Sus palabras se volvieron cortantes. —Pero hasta que ese día llegue, no tienen ningún lugar en nuestra civilizada sociedad, ni propósito alguno que no sea la sangre que corre por sus venas. *Leer* es un privilegio que no se han ganado—.

Se detuvo frente a Cress y volteó a verla. Cress se acobardó, aunque deseaba no hacerlo. No habría medalla de valor hoy.

Leer era un privilegio que no había ganado. Excepto... que creía que sí tenía méritos. Había aprendido el lenguaje de las computadoras y las redes, y el lenguaje de las letras y los sonidos, todo ella sola. ¿No se lo había *ganado* ya?

No importaba ahora. El conocimiento era algo que Sybil nunca podría arrebatarle.

—Crescent—.

Se estremeció y se obligó a levantar la mirada. Se esperaba una reprimenda, Sybil en serio se veía bastante enojada.

En lugar de eso, Sybil dijo: —Tú serás la primera en la recolección de sangre hoy, después, prepárate para una salida. Tengo un nuevo trabajo para ti—.

\*\*\*

Cress presionaba la vendita en su hombro mientras seguía a su Señora a través de los túneles subterráneos que conectaban los dormitorios de los caparazones con el resto de la capital de la Luna. Los caparazones eran aislados del resto de la sociedad porque eran supuestamente *peligrosos*. No podían ser manipulados por el don lunar, así que representaban una amenaza a la reina y al resto de los aristócratas, aquellos lunares capaces de manipular las mentes de las personas que les rodeaban. De hecho, fue un enfurecido caparazón quien asesinó a los anteriores reyes, trayendo el destierro a todos los caparazones en primer lugar.

Cress había escuchado la historia cientos de veces, esa *prueba* de que las personas como ella no encajaban con el resto de los lunares. Que necesitaban ser arreglados antes de poder confiar en ellos. Pero todavía no podía entenderlo.

No se consideraba peligrosa, y la mayor parte de los caparazones eran niños como ella. Casi todos habían sido arrebatados de sus familias en cuanto nacieron.

¿Cómo podría alguien tan poderoso como la reina Levana temerle a alguien como *ella*?

Pero sin importar cuantas veces tratara de obtener una mejor explicación de Sybil, siempre era reprendida. *No discutas. No hagas preguntas. Extiende tu brazo.*

Al menos, después de que Sybil había descubierto la afinidad de Cress por las computadoras, había empezado a prestar más atención en ella. Algunos niños empezaban a sentirse frustrados. Decían que Cress comenzaba a ser una favorita. Estaban celosos de que Sybil la llevara fuera de los dormitorios... nadie *jamás* había dejado los dormitorios, y Cress incluso había conseguido ir al palacio unas cuantas veces, una historia que los niños nunca se cansaban de escuchar, aunque Cress solo había recorrido los pasillos de los sirvientes y fue

conducida directamente al cuartel de control de seguridad. No había visitado la sala del trono ni nada de las cosas interesantes, y por supuesto, nunca había visto a la reina en persona. De todas maneras, era más de lo que había visto cualquier niño en los dormitorios, y les encantaba escuchar su aventura, una y otra vez.

Sospechaba que esta vez, Sybil la llevaría al palacio de nuevo, aunque su Señora tomó un camino que nunca había recorrido antes. Cress casi se tropezó por la sorpresa. El guardia, extendiendo un brazo para detenerla (porque, claro, era *peligrosa*), le dirigió una fría mirada.

—¿A dónde vamos, Señora?—.

—A los muelles— respondió Sybil sin pretensión alguna.

*Los muelles.*

¿Los muelles de *naves espaciales*?

Cress frunció el ceño. No había ido a los muelles antes. ¿Necesitaba Sybil que le programara un equipo especial de vigilancia en una de las naves reales? ¿O actualizar los parámetros de las naves que pudieran salir y entrar a Artemisia?

O...

Su corazón comenzó a repiquetear, aunque hizo lo que pudo para calmarlo. No debía guardar esperanzas. No debía permitirse emocionarse. Porque el pensar que Sybil tal vez la llevaría a una nave... que pudiera llevarla al *espacio*.

Su emoción comenzaba a ser incontenible. Sabía que no debía permitirse desearlo, pero lo hizo de todas maneras. Oh, las historias que contaría. Los niños se amontonarían a su alrededor para escuchar cada detalle de su aventura espacial. Empezó a ver el corredor con nuevos ojos, tratando de grabar mentalmente cada detalle para poder contárselos luego.

Pero esos pasillos eran muy ordinarios, con sus paredes lisas y pulidas, no había mucho qué contar. Por ahora.

—Señora— se atrevió a preguntar— ¿qué quiere que haga en los muelles?—

Sybil guardó silencio por tanto rato que Cress comenzaba a arrepentirse de preguntar. Quizá la hizo enojar. A Sybil no le gustaban las preguntas aventuradas. No es que le gustara que Cress dijera otra cosa que no fuera: «Sí, Señora», o «Por supuesto, Señora», y, «Haré esta tarea por usted con gusto, Señora».

Y aunque Cress nunca había sentido cariño por Sybil, de hecho, le había tenido miedo desde que podía recordar, todavía anhelaba que Sybil sintiera cariño por *ella*. Quería que su Señora estuviera orgullosa. Se imaginaba a Sybil jactándose de ella frente a la reina, contándole a Su Majestad de la joven prodigio que tenía a su cuidado, que sería mucho más útil a la Corona si no estuviera atrapada en esos horribles dormitorios todo el tiempo. Cress esperaba que, si podía impresionar a Sybil lo suficiente, la reina se fijaría en ella algún día. Tal vez le ofrecería un empleo y así podría probar que los caparzones no son peligrosos después de todo. Que tan sólo quieren encajar y ser buenos y leales súbditos tanto como cualquier otro. Quizá, tan solo quizá, la reina la escucharía.

—¿Recuerdas...—dijo Sybil, despertando a Cress de su fantasía en la reina Levana la alababa por su brillante y vital servicio a la corona, —cuando te pregunté cómo llevar a cabo una vigilancia más extensa de los líderes de la Unión Terrestre?—.

—Sí, Señora—.

—Me dijiste que nuestro software actual no era adecuado para la vigilancia que tenemos en mente. Que los canales se interrumpían o se caían con facilidad. Que el simple acto de interferir canales en vivo de la Tierra sería detectado, y posiblemente rastreado hasta nosotros. ¿Es correcto?—.

—Sí, señora—.

Sybil asintió. —Tu trabajo ha sido invaluable para mi últimamente, Cress—.

Cress mostró una ligerísima sonrisa. Era raro escuchar siquiera algo remotamente parecido a un halago de parte de Sybil, y pudo sentir una calidez en su pecho al escuchar las palabras. Dieron vuelta en una esquina y el corredor terminó en un enorme par de puertas dobles.

—Creo...— continuó Sybil sin mirar a Cress, mientras presentaba una de sus huellas digitales a un escáner en la pared —que hemos resuelto todos los dilemas que nos impiden cumplir nuestros objetivos—.

Las puertas se deslizaron, abriéndose. Cress siguió a Sybil a una amplia plataforma que rodeaba un cavernoso y embovedado espacio lleno de relucientes y blancas cápsulas reales. El piso debajo de ellas estaba iluminado, proyectando las sombras de las naves en el negro techo. Al final del largo muelle, había una masiva barrera que separaba la atmósfera controlada del espacio exterior.

Aún más... había *personas*.

No eran muchas, pero había al menos una docena, juntas alrededor de una las naves más grandes. Estaban muy lejos como para ver con claridad, pero Cress pudo distinguir una ropa vívidamente colorida, y uno de los hombres usaba un enorme sombrero y...

Sybil tomó a Cress de un brazo y la jaló en dirección contraria. Cress se sobresaltó y trastabilló detrás de ella.

—No los mires— dijo Sybil.

Cress frunció el ceño. Su brazo la tentó, pero resistió el impulso de liberarse del agarre de Sybil. —¿Por qué? ¿Quiénes son?—.

—Son miembros de las familias de Artemisia, y no les agradaría ser espiadas por un *caparazón*—. Arrastró a Cress por una rampa que conducía a la planta principal del muelle, liberando su brazo una vez que estuvieron lo suficientemente alejados de los aristócratas como para ser distinguidos más allá de las delgadas formas de las naves espaciales. Era desconcertante caminar en un piso iluminado. Se sentía como caminar en una estrella. Cress estaba tan distraída que chocó con Sybil cuando se detuvo de golpe.

Sybil volteó a verla con una mueca, y sin responder a la apresurada disculpa de Cress. Sólo se dio la vuelta y asintió al guardia, quien abrió la puerta de una pequeña cápsula. No cabían más de tres o cuatro pasajeros, y aunque era pequeña, también era lujosa. Una débil tira de luces brillaba en el techo. Un nodo holográfico proyectaba una imagen de una burbujeante fuente en una esquina. Los asientos detrás del piloto estaban cubiertos de una tela que hacía que las sábanas de los dormitorios parecieran sacos de alimento para animales en comparación.

Sybil le hizo un gesto para que subiera, y la invitación fue tan inesperada para Cress que no hizo más que quedarse parada y mirar el interior de la cápsula con incredulidad. —¿De verdad?— murmuró. —¿Voy... a irme de Artemisia?—. Sintió un repentino mareo, junto con júbilo, pero quizá era tal vez efecto de la recolección de sangre.

—Nos vamos de la Luna— dijo Sybil. —Ahora, entra—.

Cress sintió que la boca se le secaba. *¿Irse de la Luna?* Era más de lo que se había atrevido a esperar. Un viaje en una cápsula espacial. Un viaje real en el espacio. Los otros caparazones estarían tan celosos.

Con el pulso latiendo fuertemente, subió a la nave y se sentó en el asiento más alejado. Sybil se sentó frente a ella y apagó de inmediato el holograma de la fuente, como si el sonido le pareciera molesto. El guardia tomó el asiento del piloto, y tras unos segundos, Cress pudo sentir el sutil zumbido de la maquinaria trabajando bajo la suela de sus zapatos.

Sentía tanto una creciente emoción como una paulatina ansiedad cuando la nave se elevó, flotando por encima de los otros vehículos estacionarios. Comenzó a deslizarse hacia la enorme salida. La Señora Sybil todavía no le había dado indicaciones de lo que sería su nuevo trabajo o lo que debía hacer. Aunque se las había arreglado para cumplir cada una de las tareas que le habían asignado antes, podía sentir que habría algo distinto en esta. Algo más grande. Más importante.

Esta podía ser su oportunidad de probarle a Sybil, y a todo el mundo, que era más que un simple caparazón. Que era valiosa. Que merecía ser ciudadana de la Luna.

No podía fallar.

Con un vacilante suspiro, jaló su cabello por encima de uno de sus hombros y empezó a darle vueltas alrededor de sus muñecas. Pensaba cortarlo hace un año, pero las otras niñas le habían disuadido de hacerlo. Le dijeron lo lindo que se veía, y lo suertuda que era de que creciera tan grueso y fuerte. Que estaba loca si pensaba en cortarlo, así que no lo hizo. Con el tiempo se convirtió en una especie de escudo para ella. A menudo se sorprendía de estar jugueteando con él cuando se ponía nerviosa.

Las gigantescas puertas se abrieron, haciendo retumbar al muelle entero, y entonces se detuvieron en una cámara intermedia, esperando a que las puertas se cerraran por completo antes de que pudieran salir al espacio. La expectación amenazaba con ahogarla.

Se iba de la Luna. *De la Luna*. En ninguna de sus fantasías llegó a imaginar que ella, una simple e insignificante caparazón, tendría la oportunidad de vivir la experiencia de salir de los biodomos protectores de la Luna.

Pero ahí estaba, con tan sólo nueve años de edad y viviendo su gran aventura.

Las enormes y antiguas puertas metálicas crujieron al abrirse y poco a poco se deslizaron, revelando primeramente la árida superficie de la Luna, llena de cráteres y aun desértica. Y tras ella... más allá del horizonte... más allá de la Luna.

Estrellas.

Estrellas como nunca había visto y nunca imaginó ver. El cielo estaba llena de ellas. Y en el centro, glorioso y hermoso, y justo frente a sus ojos, estaba el planeta Tierra.

Su nave comenzó a avanzar otra vez, lentamente al principio, pero ganando velocidad conforme abandonaban la débil fuerza gravitacional de la Luna y se alejaban de su superficie.

Cress no había notado que puso sus manos en la ventana hasta que su aliento empañó el cristal. Se alejó, dejando dos huellas de manos que enmarcaban perfectamente el planeta azul.

Las crípticas palabras de Sybil resonaron en su mente. ¿Llevaba a Cress a *la Tierra*?

De hecho, eso solucionaría todas las cuestiones que Cress había expuesto con respecto a espías a los terrestres. Tenía que estar más cerca. Necesitaba mejor equipo y más tiempo, pero más que nada, necesitaba acortar la distancia entre ellos.

¿Le pediría Sybil que fuera una espía? Los terrestres no sospecharían de una niña como ella, y era una caparazón, encajaría perfectamente con los terrestres sin don. Podría infiltrarse en las bases de datos de los gobiernos. Podría apoderarse de cualquier canal de noticias en el planeta. Podría obtener secretos de las comm de cada ciudadano, fueran oficiales o secretas. Podría ser la mejor espía en la historia de la Luna.

Y lo mejor de todo, ya no sería sólo una caparazón, atrapada en un dormitorio y obligada a dar sangre cada mes. Tendría un cielo azul. Caminaría descalza en pasto de verdad. Se sumergiría en el agua de los mares, y subiría a la cima de los rascacielos, e iría al teatro, y bailarían bajo la lluvia, y...

Se dio cuenta de que Sybil la observaba, y no fue sino hasta ese momento cuando notó que sostenía una gran sonrisa. Se contuvo tan rápido como pudo.

—¿Cuánto tiempo nos tomará llegar?—

—Horas— dijo Sybil, tomando un portavisor de su blanca túnica de taumaturga. —Tu primer objetivo será acceder a las notas de las reuniones semanales del emperador Rikan y su gabinete de asesores. Te sugiero que empieces a planear cómo lograr eso—.

Cress hizo una mueca pensando y asintió ansiosa, haciendo ya una lluvia de ideas en su cabeza. Sin duda la reunión tenía un androide secretario tomando notas, posiblemente incluso grabando audio o video, y siempre y cuando la androide tuviera conexión a la red...

Recargó su cabeza en el asiento y se giró para mirar al planeta mientras reflexionaba en ello, códigos y hacks de seguridad zumbaban en su cabeza.

Por las estrellas, pero el planeta era tan hermoso. Más asombroso de lo que se hubiera imaginado. Las imágenes proyectadas en los nodos holográficos no le hacían suficiente justicia. La forma en que destellaba, y brillaba, siempre en movimiento, las estelas de nubes siempre revoloteando. Casi parecía que el planeta fuera un organismo viviente.

Comenzó a tararear conforme siguió soñando y planeando. Tarareaba bastante cuando trabajaba. Le ayudaba a sintonizar sus pensamientos a veces, pero hoy sus ideas estaban demasiado disociadas como para enfocarlas. Que distinta parecía su vida apenas esta mañana. Que rápido había cambiado todo.

El viaje transcurrió en silencio, a excepción del leve tecleo de Sybil en el portavisor y Cress tarareando para sí misma. El piloto nunca habló. Era como si prácticamente no estuviera aquí, pero así era como se comportaban todos los guardias. Invisibles. No lo culpaba. Con frecuencia, trabajar para la Señora Sybil también le hacía desear ser invisible.

Su mirada se posó de nuevo en la Tierra. Le recordó una canción de cuna que le había enseñado una niña mayor hace años, una que todavía adoraba cantarles a los niños después que las luces se apagaran.

*Dulce Luna Creciente, alta en el cielo estelar*

*¿No cantas tu canción cuando la Tierra se va?*

*Tu plateada y melosa melodía, rima a rima*

*Es un canto de dulces sueños, conforme te alzas arriba*

*Manda a los bosques a soñar, a las montañas juntas arrima*

*Arrulla tiernamente al océano, y al desierto un beso le da*

*Dulce Luna Creciente, alta en el cielo estelar*

*Cantas tan cariñosamente, cuando la luz del sol se va*

Cress notó que el guardia la miraba a través del reflejo de la ventana. Se puso tensa, dándose cuenta de que cantó en voz alta. Desvió rápidamente la mirada, pero Sybil ya tenía la suya sobre ella.

Más que eso. La miraba con el ceño fruncido.

Cress tragó saliva. —Lo siento—.

Sybil dejó el portavisor en su regazo, prestándole completa atención a Cress. —Seguramente no sabes qué tan antigua es esa canción. Esa canción de cuna es casi tan vieja como nuestra civilización misma—.

—No sabía eso— dijo Cress, antes de que pudiera contenerse. Era su canción favorita. Ya la había investigado antes.

Sybil entrecerró los ojos, de una manera casi imperceptible. —Entonces debes saber que la canción fue escrita cuando la Luna y la Tierra eran aliados. Algunos consideran que simboliza la paz entre ambos planetas. Otros creen que es antipatriótica hoy en día, que asume simpatía por la Tierra—.

Las mejillas de Cress volvieron a sonrojarse de nuevo, se sentó un poco más erguida. —Esa no es la razón por la que me gusta— dijo. —Sólo me agrada... digo, tiene mi nombre en ella. *Crescent Moon*.<sup>1</sup> A veces pienso... me pregunto si mis padres me llamaron así por esa canción—.

La taumaturga resopló abruptamente, sorprendiendo a Cress. —Eso es sumamente improbable— dijo Sybil, desviando la mirada hacia la ventana. —Según lo que recuerdo de tus padres, no eran dados a tener esas ínfulas—.

Cress la miró. —¿Conoció a mis padres?—

Sybil guardó silencio un momento. Aunque permanecía inexpresiva, mostró un vanidoso visaje. Por fin, dirigió su atención a Cress. —Lo único que debes de saber de tus padres es que te entregaron de buena gana para ser asesinada en el infanticidio de caparazones—. Sus ojos brillaron, complacida de su propia crueldad. —Tu madre misma te puso en mis brazos. Todo lo que dijo fue: «Un caparazón. Que humillante»—.

Las palabras impactaron más a Cress de lo que debieron. Claro que sabía que sus padres la entregaron para ser asesinada. Esa era la ley, incluso si los caparazones no eran ejecutados, sino escondidos, pero la mayoría de los ciudadanos no sabía eso. Sus padres habrían creído que estaba muerta, y Sybil nunca se cansaba de recordarle a los caparazones lo *indeseables* que eran. Que de no ser porque ella los salvó, todos habrían muerto, y sin duda nadie los extrañaría.

Pero Sybil nunca le había mencionado esa parte. *Humillante*.

Gimoteó y se desvió la mirada antes de que Sybil pudiera ver que sus ojos se habían vuelto llorosos.

Afuera, Cress vio que se acercaban a algo, ¿otra nave espacial? Echó un vistazo y se acercó hacia adelante. Era algo esférico, con tres enormes antenas parecidas a alas que salían de sus lados.

—¿Qué es eso?—

Sybil siquiera levantó la mirada. —Es un satélite—.

Cress apretó ambas manos en su cabello. —Vamos a chocar con él—. Un ligero intento de sonrisa apareció en la cara de Sybil.

La cápsula comenzó a ir más despacio. Cress miró embelesada, conforme el satélite se hacía más y más grande tras la ventana hasta que cubrió toda la vista. Había una grúa a uno de los lados, previamente extendida. El guardia se apostó a su lado en el primer intento, y la cápsula se estremeció a su alrededor. Una cacofonía de ruidos siguió, choques, traqueteos, chillidos mecánicos, silbidos y golpeteos. Una escotilla del satélite se extendió hacia la cápsula, apostándose a uno de sus costados, creando un túnel para que pudieran salir.

Cress frunció el ceño. ¿Se detuvieron a repostar? ¿A conseguir provisiones? ¿A darle su nueva identidad terrestre?

---

<sup>1</sup> *Crescent Moon*, el nombre completo de la protagonista, significa «Luna Creciente» en inglés

La puerta de la cápsula se abrió, y Sybil se dirigió al túnel, haciéndole una seña a Cress para que la siguiera. El guardia caminó tras ellas manteniendo distancia.

La escotilla era angosta y olía a metal y aire reciclado. Había una segunda puerta al final del corredor que estaba cerrada, pero se abrió conforme se acercaban.

Cress se encontró con una pequeña habitación circular. Un escritorio ocupaba mucho espacio, y las paredes frente a él estaban cubiertas de pantallas holográficas, acomodadas de tal manera que pudieran ser vistas desde cualquier parte del cuarto. Sólo había una pared vacía... notablemente vacía.

Sintió un atisbo de miedo en el estómago, pero sin saber exactamente por qué. Sybil se puso a su lado y la miró, esperando, pero Cress tampoco sabía qué estaba esperando.

Había una puerta idéntica a la que acababan de cruzar, quizá, una escotilla a una segunda nave, pensó. Y una tercera puerta conducía a...

Avanzó con cierta incertidumbre.

Era un baño. Un lavabo. Un inodoro. Una pequeña regadera.

Se dio la vuelta. Pudo sentir la piel de gallina.

—Hay un sistema de reciclaje de agua— dijo Sybil, hablando como si hubieran estado sosteniendo una conversación. Abrió un gabinete alto. —Y suficientes alimentos no perecederos que durarán de seis a ocho semanas, aunque te traeré provisiones cada dos o tres semanas, o según se necesite, cuando venga a revisar tu progreso. Su Majestad confía en que tendrás grandes avances en la vigilancia Terrestre ahora que has sido abastecida tan meticulosamente con los requisitos exactos que solicitaste. Si necesitaras algo más para hacer tu trabajo, te lo conseguiré—.

Cress sintió un nudo enorme en el estómago, su respiración se volvió entrecortada cuando volvió a ver las pantallas. Los nodos holográficos. Los procesadores, los receptores y los tableros de datos.

Lo último en tecnología. Lo mejor de lo mejor.

—¿Voy... a vivir aquí?— chilló. —¿Sola?—

—Sí, por un tiempo. Dijiste que necesitabas estar más cerca de la Tierra, Crescent. Te he dado lo que solicitaste a fin de servir a Su Majestad. Esto es lo que querías, ¿no?—

Asintió de manera instintiva. Las lágrimas empezaron a aparecer en sus ojos, pero las secó rápidamente con la palma de su mano. —Pero, ¿dónde voy a dormir?—

Sybil se acercó a la pared vacía y accionó un interruptor. Una cama salió de la pared. Era más grande que la litera del dormitorio en la que dormía Cress, pero eso poco la reconfortó.

Sola. Iba a quedarse aquí, *sola*.

—Tienes tus primeras órdenes— dijo Sybil. —¿Hay algo más que necesites?—

Cress no podía ni recordar cuáles eran sus primeras órdenes. Se había concentrado en ir a la Tierra. Tanta emoción por los árboles y los océanos y las ciudades...

Y ahora no tendría nada de eso. Ya ni siquiera tendría el dormitorio con los otros caparazones. —¿Por cuánto?— preguntó, con voz vacilante. —¿Cuánto tiempo voy a estar aquí?—

Como Sybil no contestó, Cress se obligó a levantar la mirada para encontrar la suya. Esperaba simpatía, amabilidad... *algo*.

No debió haber esperado nada. Si acaso, Sybil sólo parecía irritada por la debilidad de Cress.

—Te quedarás aquí hasta que termines tu trabajo—. Entonces, después de unos segundos, su expresión se suavizó. —Por supuesto, si al terminar tu trabajo es satisfactorio, entonces quizá podremos discutir tu regreso a Artemisia... como ciudadana plena de la Luna—.

Cress gimoteó levemente y bajó su cabeza nuevamente conforme seguía reteniendo las lágrimas. Una ciudadana plena de la Luna. Ya no sería un caparazón. Ya no sería una prisionera. Ya no sería un secreto.

Miró el cuarto de nuevo. Todavía estaba asustada, pero también sentía más determinación de la que había sentido alguna vez.

—Muy bien, Señora. Haré lo mejor que pueda para complacer a Su Majestad—.

Un pequeño destello de aprobación apareció en los ojos de Sybil. Asintió e hizo un gesto al guardia, quien se dio la vuelta inexpresivamente y caminó de vuelta a la cápsula.

—Sé que lo harás, Crescent— se dio la vuelta siguiendo al guardia a la salida. No hubo palabras de despedida, o una sonrisa alentadora, ni un abrazo confortador.

La puerta cerró fuertemente, la Señora Sybil se había ido, y eso era todo. Cress estaba sola.

Gimoteó y respiró con dificultad, dirigiéndose hacia una de las pequeñas ventanas, con la intención de verlos desembarcar del satélite y regresar a Luna.

Un resplandor en la ventana opuesta llamó su atención. Se dio la vuelta y se dirigió al otro lado de la pequeña habitación.

La Tierra era tan grande que casi ocupaba toda la vista.

Su cuerpo entero comenzó a temblar conforme se arrastró al escritorio y se acurrucó contra el gabinete, mirando al planeta azul. Azul, verde y dorado. Cantaría un poco antes de empezar su trabajo. Eso la calmaría. Cantar siempre la hacía sentir mejor.

*Dulce Luna Creciente, alta en el cielo estelar...*

Eso fue todo lo que pudo cantar antes de romper en triste llanto, ahogando todo lo demás.